

Una pastoral que escucha la voz del Espíritu

Dr. Justo L. González



Iglesia Cristiana Discípulos de Cristo, PR
Puerto Rico
marzo 11, 2011

Una pastoral que escucha la voz del Espíritu

El tema que se me ha encomendado es "Una pastoral que escucha la voz del Espíritu". De momento, me siento inclinado a entrar de lleno en la cuestión de qué es eso de la voz del Espíritu, cómo se le reconoce, cómo se le escucha. Pero, pensándolo un poco más, me parece que tenemos que empezar por redefinir qué es eso de la pastoral.

Para ello, sugiero que empecemos mirando qué es eso de un pastor, no en el sentido que hoy le damos al hablar de un "encuentro pastoral", sino en el sentido que tenía originalmente, en el idioma y la experiencia de los primeros cristianos que usaron esas palabras. Para ellos y ellas, un "pastor" no era ante todo quien presidía en el culto, o quien enseñaba las Escrituras, sino quien salía al campo acompañando y guiando a sus ovejas.

Las tareas de tal pastor eran múltiples. Y todas ellas tienen algo que decirnos acerca de nuestra pastoral en el sentido que le damos hoy.

En primer lugar, un pastor tenía que proveer comida y bebida para su rebaño. Su primera tarea era asegurarse de que el rebaño no pasara hambre ni sed. De igual manera, nuestra pastoral hoy debe asegurarse de que el rebaño se alimente, que tenga qué comer y qué beber.

Pero aquel pastor de antaño, al tiempo que guiaba a las ovejas al buen pasto y las buenas aguas, no producía el alimento, sino que llevaba al rebaño a donde Dios y la naturaleza habían provisto lo necesario. No les daba de lo de él mismo, de su propia cosecha o producción, sino de lo que Dios proveía. De igual manera, nuestra tarea hoy es darle al rebaño de comer y de beber; pero no de lo nuestro, sino de lo que Dios provee.

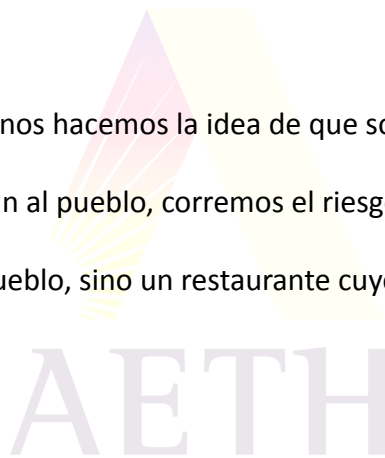
Significativamente, lo que parece haber sido la primera y más antigua función de quienes después se llamaron pastores era presidir en la comunión. Presidían, pero no eran ellos quienes alimentaban ni quienes daban de beber. Lo que en la mesa del Señor se le ofrecía al pueblo de Dios era parte de lo que Dios le había dado a ese pueblo, quien ahora lo traía a la mesa para que sirviera de comida y de bebida para todo el pueblo.

La importancia de esto resulta evidente. Nuestra tarea, como pastores y pastoras que alimentan, no consiste principalmente en andar buscando qué cosa nueva darle al pueblo. La iglesia no es un restaurante cuyo éxito se mide por la variedad y creatividad de su menú. La iglesia es como un campo verde a orillas de un dulce arroyo, donde es Dios quien provee el alimento y la bebida. Nuestras palabras, nuestros buenos sermones, pueden ayudar a la congregación a encontrar los campos verdes y las frescas aguas. Pero el verdadero alimento de la iglesia no son nuestras palabras, sino la Palabra de Dios hecha carne en Jesucristo, de la cual nos alimentamos y de la cual bebemos en la mesa del Señor. Es por eso que con toda razón los

Discípulos de Cristo han subrayado y siguen subrayando la importancia de la comunión en la vida cristiana.

Esto no quiere decir que el estudio no sea necesario, que la creatividad en la predicación no sea buena, o que todo lo que la pastora o pastor tienen que hacer sea asegurarse de que se celebre la comunión. No es cuestión de decir misa y se acabó. Pero sí quiere decir que toda nuestra creatividad, todo nuestro estudio, toda nuestra exégesis, no son sino el cayado del pastor, que lleva al rebaño a los pastos y a las aguas, pero que de por sí ni es pasto ni es agua.

Cuando nos olvidamos de esto y nos hacemos la idea de que son nuestras palabras, y no la Palabra de Dios, las que alimentan al pueblo, corremos el riesgo de hacer de la iglesia no un campo donde Dios alimenta al pueblo, sino un restaurante cuyo atractivo depende del menú que se ofrezca.



Y, peor todavía, corremos el riesgo de que la iglesia se vuelva como una de esas fincas modernas de superproducción, donde a los animales no se les deja moverse, ni siquiera comer por sí mismos. Esas fincas llegan al extremo de darle al ganado no lo que es su comida natural, sino cosas inventadas por los científicos y administradores. Quienes determinan lo que el ganado ha de comer no son los animales mismos, ni lo que la divina Providencia les ha dado, sino lo que sus dueños han decidido en busca de mayores ganancias. Ese es el origen de las

famosas vacas locas, que no solo enferman ellas mismas, sino que enferman a quienes comen de ellas.

Esto también nos sirve de advertencia acerca de la tarea pastoral. Cuando nos olvidamos de que quien alimenta no somos nosotros y nosotras, sino el Dios que da la comida y bebida, empezamos a imaginar que nuestra tarea consiste en obligar al rebaño a comer de lo que nosotros le damos. Tristemente, también anda por ahí una supuesta "pastoral" que no es sino manipulación, control y hasta explotación. Lo que esa pastoral produce son ovejas a tal grado dependientes del pastor que cuando esta falta ni siquiera saben dónde encontrar comida. Son como esos animales criados en edificios, con el cuello atado y obligados a comer lo que se les da. Si se les suelta, ni siquiera pueden caminar hasta donde está el pasto. Se ven muy gordos y bien alimentados. Pero no son un rebaño saludable.

Por todo esto, el éxito del buen pastor o pastora no se mide en términos de lo que sucede en la iglesia bajo su liderato, sino de lo que sucede cuando se va, y otra persona viene a ocupar su posición. Si el rebaño no sabe alimentarse de la Palabra de Dios, la obra del pastor es un fracaso, aunque aumente la asistencia al culto, se le llame gran predicador, y se construyan templos de millones de dólares.

Pero pasemos a otra dimensión de la tarea pastoral. Si la primera es alimentar al rebaño de la comida que Dios provee, esta segunda es defenderle de sus enemigos y peligros. El pastor

tiene que conocer, no solo a su rebaño, sino también los riscos y despeñaderos, los lobos y sus guaridas. Un pastor que se contenta con ver que sus ovejas están gorditas y contentas, y las deja que se dispersen por los prados, no es un buen pastor. Parecerá bueno, porque el rebaño se ve bien. Pero un día los lobos atacarán, y la ineptitud del pastor será manifiesta.

De igual manera, una pastoral cristiana tiene que ocuparse, no sólo de que el rebaño esté bien alimentado, sino también de que no caiga presa de los muchos peligros de nuestros días. La pastoral se define entonces, no sólo en términos del rebaño que nos ha sido confiado, sino también de los peligros que acosan a ese ganado.

Hoy esos peligros son muchos. Ustedes conocen mejor que yo los peligros que acechan al rebaño aquí en Puerto Rico, hoy en este siglo vigésimo primero. Y no me refiero solamente a lo que acontece en torno nuestro y nos hace peligrar, como las drogas, el crimen, etc. Todos esos son enemigos que la iglesia tiene que combatir. Son enemigos tan obvios, que apenas hay que llamar la atención sobre ellos. Son enemigos, no solamente de la iglesia, sino de toda esta sociedad de que la iglesia es parte, y en la cual tenemos que dar señales y testimonio de la redención que hay en Cristo. Una iglesia fiel tiene que participar activamente en la lucha contra esos males y muchos otros parecidos.

Pero hay otros peligros menos reconocidos, y por tanto más insidiosos. Son como lobos que se introducen en el rebaño vestidos de ovejas. Algo semejante sucedió en la iglesia antigua.

Había peligros claros y externos, como la persecución, y la iglesia tuvo que buscar modos de enfrentarse a ella. Pero había otros peligros más insidiosos que se introducían en el rebaño como lobos vestidos de ovejas. La amenaza de persecución hoy nos parece más dramática que cualquier otra —y sobre ella Hollywood ha producido películas famosas. Pero el hecho es que los mejores pastores de aquellos primeros siglos se preocuparon más por los lobos vestidos de ovejas que por los leones del circo romano. Se preocuparon más, porque los leones romanos podían matar el cuerpo, pero no el alma, mientras que los lobos amenazaban el alma misma de las ovejas.

Mañana vamos a hablar más acerca de aquellos lobos de antaño, de cómo la iglesia respondió a sus amenazas, y de lo que serían peligros paralelos y respuestas paralelas en el día de hoy. Pero ahora, solamente para aclarar lo que quiero decir, me permito mencionar algunos de ellos —de esos lobos vestidos de ovejas que hoy amenazan la salud del rebaño.

Posiblemente el peor de esos peligros sea la asimilación del evangelio dentro de la cultura circundante, de modo que se piensa que se es fiel porque se vive según los mejores patrones de esa cultura. Vivimos en una cultura del éxito, del éxito individual; y ese éxito se mide según patrones que son completamente extraños al evangelio, y hasta lo contradicen. Tiene éxito quien tiene mucho dinero, o mucha fama, o mucho poder. No tiene éxito quien no sabe acumular riquezas, sino que las distribuye entre los más necesitados. No tiene éxito quien vive en un rincón, y sus buenas obras son desconocidas por todos menos por Dios. No tiene éxito

quien carece de poder, quien sufre humillación, quien pierde el trabajo, quien pasa por la vida desconocido. En otras palabras, tuvieron éxito Augusto César y Herodes y el rico que se fue triste. Pero aquel apóstol que sufrió azotes, humillación, naufragio y a la postre decapitación fue un fracaso. Tuvieron éxito el Sumo Sacerdote y Poncio Pilatos. Pero aquel Señor del universo que siendo en forma de Dios no se aferró a ser igual a Dios, sino que se humilló a sí mismo, y fue hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, ese fue un fracaso.

Cuando planteamos las cosas de ese modo, resulta claro que hay una contradicción entre el modo en que la sociedad en torno nuestro valora y mide el éxito, y el modo en que lo valora y mide el evangelio.

Pero lo notable es que en la vida misma de la iglesia, sin llegar a los extremos que acabo de mencionar, se hace lo mismo. Con demasiada frecuencia medimos el éxito de un pastor o pastora por la fama de su predicación, por el tamaño de su congregación, o por el monto de sus diezmos y ofrendas. Todas estas cosas son buenas. No está mal distinguirse en la predicación. No está mal hacer crecer la congregación. No está mal que los diezmos y ofrendas aumenten. Lo que está mal es pensar que nuestro éxito está en eso. Nuestro éxito está más bien en llevar al rebaño a los buenos pastos y protegerle de los lobos —incluso del lobo de éxito como el mundo lo mide.

Una versión particularmente virulenta del contagio con la sociedad del éxito es el llamado "evangelio de la prosperidad". Todos ustedes saben en qué consiste, cómo engaña a nuestro pueblo, cómo sus predicadores y maestros se enriquecen a costa de la credulidad y la miseria del pueblo. Esto llega a tal punto que la corporación internacional más grande del Brasil es la llamada "Igreja Universal do Reino de Deus", o "para de sufrir". No cabe duda de que ese supuesto evangelio les acarrea éxito a quienes lo predicán. Uno de ellos da testimonio en su portal cibernético, de que antes predicaba por un racimo de plátanos, y ahora —gracias a su red apostólica— anda en Cadillac y tiene chofer.

Esa actitud se encuentra en el Evangelio. Se encuentra, por ejemplo, cuando Jesús les anuncia a sus discípulos que tiene que ir a Jerusalén, donde ha de sufrir y ser muerto. Pedro le contesta, "Señor, en ningún modo te acontezca esto". En otras palabras, "Señor, para de sufrir". Y Jesús le dice: "Apártate de mí, Satanás. Me eres escándalo, porque no conoces las cosas de Dios, sino las humanas."

Como pastores y pastoras, todos conocemos el peligro de estos lobos que devoran el rebaño. Pero lo que muchas veces no pensamos es que si el lobo puede devorar al rebaño, bien puede ser porque el pastor estaba dormido. En el caso del lobo particular de que estamos hablando, es posible que el pastor mismo les haya dado entrada a los lobos vestidos de ovejas.

Veamos un ejemplo: Usted le dice a alguien en su congregación que si tiene fe Dios le sanará. Si no se sana, la culpa es de él, pues no tuvo bastante fe. Y si se sana, ello es prueba del poder de la fe, que nos libra de enfermedades. Poco después la misma persona viene y le dice que no tiene trabajo y está pasando por dificultades económicas. Usted le dice: "Si tienes fe, vas a encontrar trabajo." Si no lo encuentra, es porque le falta fe. Si lo encuentra, ello es prueba del poder de la fe. Pasa el tiempo, y un buen día esa misma persona viene y le dice: "Pastor, he estado viendo por televisión el ministerio de Fulano de Tal. ¿Sabe usted? Le voy a mandar una ofrenda, porque me promete que si lo hago Dios me va a remunerar con creces". En ese punto usted puede decirle todo lo que quiera; pero ya el mal está hecho. El lobo entró vestido de oveja, y ahora ha hundido sus colmillos en esta oveja, y se la lleva fuera del rebaño, para devorarla a su buen tiempo.

El lobo entró vestido de oveja. Usted mismo, con toda razón y con buen fundamento bíblico, invitó a esta persona a orar por su salud y por su condición económica. Se acordó de decirle que Dios sana, que Dios protege, que Dios responde. Pero se olvidó advertirle que lo que la Biblia dice al respecto es mucho más complejo. Se le olvidó decirle que Pablo oró pidiendo que Dios le quitara la espina en su carne, y Dios no lo hizo. Se le olvidó decirle que por fe unos taparon bocas de leones, pero que por la misma vez otros fueron devorados por los leones. Se le olvidó decirle que en la puerta llamada La Hermosa el cojo no tiene fe, y se cura por la fe de Pedro y Juan; es decir, que si usted ora por alguien y no se cura, bien puede ser porque Dios

tiene otros planes; bien puede ser porque la persona no tiene fe; y ¡bien puede ser porque usted no tiene fe!

Uno de los más sabios pastores de la antigüedad, Ireneo de León, quien se dedicó asiduamente a proteger el rebaño de los peligros del error, dijo con razón que el poder de una mentira no está en la mentira misma, sino en la verdad con que se encubre. El poder del evangelio de prosperidad no está en los disparates que dice, sino en el modo en que se encubre en lo que nosotros mismos hemos dicho —y dicho con verdad— pero no hemos sabido aclarar. El pastor pensó que bastaba con que las ovejas estuvieran alimentadas y contentas, y cuando estaba medio dormido vino el lobo y se las llevó.

En resumen, si la primera tarea del pastor es alimentar al rebaño, la segunda, igualmente importante, es protegerle, no solo de los ataques de los lobos, sino también de sus acechanzas.

En tercer lugar, hay que recordar que, al tiempo que el pastor se ocupa de cada oveja individual, su responsabilidad es con el rebaño. Si noventa y nueve ovejas van por el buen camino, y una se descarría, el buen pastor sale a buscarla. Pero cuando la encuentra y la sana, su propósito es traerla de nuevo al rebaño e incorporarle a él. Al pensar en la tarea del pastor, no puedo sino recordar lo que vi hace muchos años, sentado en lo alto de una colina en Grecia, cuando miraba a los pastores que cuidaban de sus ovejas en el llano. Lo que me llamó la atención fue cuánto del esfuerzo de aquellos pastores y de los perros que les ayudaban se

centraba en juntar las ovejas. Por sí mismas, las ovejas tendían a apartarse, a ir cada una por su camino. Pero el pastor las juntaba y las volvía a juntar. La tarea del buen pastor o pastora no es pasarle la mano a cada ovejita, para que esté contenta. Su tarea es, sí, ocuparse particularmente de la que está enferma o descarriada; pero ocuparse de ella para que pueda participar de la vida del rebaño.

Llevado a la dimensión de nuestra práctica pastoral, esto quiere decir que la tarea del pastor o pastora no es asegurarse de que cada oveja esté contenta. Sí incluye ocuparse de las ovejas que están particularmente necesitadas. Pero la meta es el rebaño, juntar el rebaño y llevarlo como un todo a los pastos y los abrevaderos. Ya que antes me he referido al alimento que vemos en la comunión, bien vale la pena mencionar que la más antigua oración eucarística que se conserva relaciona la comunión con la promesa de la reunión del rebaño todo: "Así como este pan estuvo disperso por los montes, y reunido se hizo una, así también en tu reino sea reunida tu iglesia desde los confines de la tierra" (*Did.* 9.4).

En cuarto lugar, no olvidemos que el cayado del pastor tiene una púa al otro extremo. El pastor no solo ama a las ovejas, sino que también las disciplina. La tarea pastoral tiene también una dimensión de firmeza y de disciplina. Con demasiada frecuencia establecemos un falso contraste entre los "pastoral" y lo "profético". Quien habla suavemente, quien consuela a los dolidos, quien escucha atentamente a lo que las ovejas le dicen, es "pastoral". Y quien dice palabras fuertes, quien denuncia la injusticia, quien llama a los creyentes a nuevos y más

difíciles niveles de obediencia, es "profeta". Pero, repito, esa dicotomía es falsa. El profeta habla en nombre de Dios, y en ese nombre a veces tiene que decir, "¡Ay de vosotros, pueblo infiel, que de labios me sirve, pero no de corazón". Pero también, y en el nombre del mismo Dios, el profeta también tiene que decir "Consolaos, consolaos, pueblo mío" y "A todos los sedientos, venid a las aguas." Y aquellos a quienes Dios ha llamado para que sean pastores y pastoras de su rebaño tienen exactamente la misma dualidad de funciones, pues por un lado han de llevar al rebaño a aguas de reposo, y por otro tienen que retener a las ovejas gordas que quieren tomar posesión de todo el arroyo, y que enturbian el agua para las demás. No se puede ser pastor o pastora sin ser profeta; y toda palabra profética que viene verdaderamente de Dios es también palabra pastoral. Quien es pastor o pastora tiene la obligación, no sólo de proteger a las ovejas de los lobos y los despeñaderos, sino también de protegerlas de sí mismas.

Por último, es necesario mencionar otra dimensión de la labor de un pastor de ovejas. El pastor no sale sencillamente a pasear las ovejas, cuidándolas mientras van por donde les parece.

El pastor sabe dónde hay buenos pastos y agua fresca, y va llevando al rebaño en esa dirección. En el camino, las ovejas pueden ir comiendo. Pero eso es solo un anticipo de lo que tendrán cuando lleguen al lugar hacia donde el pastor les lleva. El pastor ve un futuro que quizá las ovejas no ven, y va trazando el camino para llevarlas hacia ese futuro.

Esto es de suma importancia para nuestra práctica pastoral. Nuestra tarea no es solo cuidar y consolar, sino también guiar. La buena pastoral necesita de una dirección, de una meta, de una visión de los verdes prados a donde el rebaño ha de llegar. El pastor que no tiene idea de dónde están los buenos pastos y las aguas frescas se siente satisfecho con que las ovejas estén contentas dentro del redil. Si lo importante es que estén seguras, no hay lugar más seguro que el redil. Si lo importante es que estén alimentadas, basta con traerles pienso al redil. Pero si es importante que se ejerciten, que aprendan a alimentarse por sí mismas, que sean plenamente saludables, el pastor tiene que insistir en que salgan del redil y que, aun a riesgo de lobos y despeñaderos, vayan a donde están los prados fértiles.

En nuestra labor pastoral de hoy sucede lo mismo. Buen pastor o pastora es quien tiene una visión para su iglesia y para sus miembros, y quien sabe comunicarles esa visión de tal modo que la hagan suya. Y esto tiene dos dimensiones: En primer lugar, tiene la dimensión de lo que llamamos "planificación". ¿Dónde hemos de estar dentro de un año? ¿Qué hacemos en nuestra predicación, en nuestra educación, en nuestros comités, para llegar a esa meta?

Pero la visión que ha de darle forma a la buena pastoral tiene otra dimensión que va mucho más allá de la mera planificación. Es la dimensión escatológica. Nuestra tarea no es solamente ver que la iglesia tenga planes para el año que viene, sino también y sobre todo hacer de toda la vida y de todos los planes de la iglesia un camino y una práctica para el futuro que esperamos y que anunciamos. El pan y vino que compartimos en la comunión son anticipo del

banquete de las bodas del Cordero. La vida cristiana toda es práctica para el día cuando no habrá ya más llanto ni contienda, cuando enjugará Dios toda lágrima de nuestros ojos, cuando las espadas se tornarán en azadones, y se sentará cada cual debajo de su vid y de su higuera, y nadie les hará temer. La justicia a que llamamos a nuestro rebaño es práctica para el día en que la justicia correrá cual torrente, y la justicia y la misericordia se abrazarán. El amor a que llamamos a nuestros feligreses es práctica para el día cuando hasta la fe y la esperanza habrán pasado, pero el amor permanecerá.

En resumen, la pastoral de que aquí hablamos es una pastoral que tiene al menos cuatro dimensiones. Es una pastoral que alimenta, que cuida, que dirige y que sueña.

Pero, según el tema que se nos ha dado, hay una quinta dimensión: es una pastoral que "escucha la voz del Espíritu". Lo que esto quiere decir es que el pastor y la pastora también tienen pastor. (¡Y no me refiero al Pastor General, quien también tiene que escuchar y por tanto tiene también pastor!) A David, primero pastor de rebaños y luego pastor de todo Israel, se le atribuyen las palabras "El Señor es mi pastor". Las haya dicho o no, no cabe duda de que si David ha de ser buen pastor de Israel tiene que ser también buena oveja del rebaño del Dios de Israel. En nuestro contexto pastoral, no se puede ser buen pastor o buena pastora sin escuchar; es decir, sin ser oveja del rebaño del Gran Pastor de las Ovejas. Esto es lo que se quiere indicar al decir que buscamos "una pastoral que escucha la voz del Espíritu".

Lo que es más, el único modo en que la nuestra puede ser una pastoral que alimenta, que cuida, que dirige y que sueña es si el Espíritu nos alimenta, nos cuida, nos dirige y nos da sueños. Muchas actividades son ocasión para que el Espíritu nos alimente: la devoción, la lectura de las Escrituras, la oración, el estudio. Todas estas actividades son buenas y necesarias. Pero en última instancia el valor de todas ellas está en que le proveen oportunidad al Espíritu para alimentarnos —como el pastor que lleva las ovejas a un lugar para darle al pasto la oportunidad de alimentarlas. Es el Espíritu quien nos cuida, no solamente protegiéndonos en medio de los peligros externos, sino sobre todo protegiéndonos de esos lobos vestidos de ovejas que tan fácilmente se introducen en nuestra propia vida. Es el Espíritu quien nos dirige, indicándonos dónde hemos de encontrar pastos verdes que nos alimenten, y aguas frescas que calmen nuestra sed. Y es el Espíritu quien nos da sueños, quien nos hace ver visiones que los ojos de la carne no pueden ver. Como dice el profeta Joel y cita el apóstol Pedro, gracias a la dádiva del Espíritu "vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños."

Pero, ¿de qué Espíritu estamos hablando? Ciertamente, decimos, del Espíritu Santo de Dios. Eso es muy fácil de decir. Pero, ¿podemos estar tan seguros de que todo lo que parece espiritual es del Espíritu de Dios? La Primera Epístola de Juan parece decir que no: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo" (1 Jn 4.1). En otras palabras, que hay Espíritu de Dios y hay también espíritus de falsedad. Luego, si la nuestra ha de ser una pastoral que escuche la voz del Espíritu, lo primerísimo que tenemos que hacer es aprender a discernir entre los espíritus, a distinguir

entre el Espíritu que viene de Dios —el Espíritu que es Dios mismo— y todos esos espíritus que se manifiestan en los muchos "falsos profetas que han salido por el mundo".

Esto quiere decir que al centro mismo de la labor pastoral está la tarea de discernir los espíritus. Y, gracias a Dios, esta no es tarea en la que estamos solos, pues —como dice el apóstol Pablo— el discernimiento de espíritus es don del Espíritu.

Pero si lo dejamos ahí quedamos sumidos en la circularidad: El discernir los espíritus es don del Espíritu, de acuerdo. Pero, este don que alguien dice tener, ¿será verdaderamente del Espíritu de Dios? ¿O será falso don de un falso espíritu?

O, dicho de otra manera, si el fundamento de la pastoral es escuchar al Espíritu, ¿cómo sabemos que lo que escuchamos es el Espíritu de Dios?

Eso es precisamente lo que le preocupa al autor de Primera de Juan: entonces, como hoy, había "muchos falsos profetas que han salido por el mundo". Esos falsos profetas dicen tener el don de discernir los espíritus, y dicen que todo espíritu que no concuerde con ellos no es de Dios. Así, por ejemplo, con solo mirar cinco minutos en la red cibernética encontramos que hay una multitud de personas que afirman que nosotros, que esta iglesia, que todas las iglesias que no pertenezcan a su red apostólica, no tenemos el Espíritu de Dios, sino el espíritu de Jezabel. Dicen que lo saben porque Dios les ha dado el don de discernimiento de espíritus. Y, ¿cómo

saben que ese don viene de Dios? Pues, sencillamente, porque el don mismo les permite discernir que el espíritu de ellos es de Dios, y los otros no. Eso es lo que quiero decir al afirmar que mucho de lo que se dice sobre el don del discernimiento cae en la circularidad. No basta con decir tener el don de discernimiento. Hay que probarlo en el discernimiento mismo.

Eso mismo era lo que le preocupaba al autor de Primera de Juan. Los falsos profetas que habían salido por el mundo decían tener el Espíritu de Dios. Sobre la sola base del discernimiento de espíritus, era imposible refutarles, pues lo que estaba en duda era precisamente ese discernimiento.

Por eso Juan nos da una medida fundamental para distinguir entre lo que viene del Espíritu de Dios y lo que viene de falsos espíritus: "todo espíritu que confiesa que Jesucristo es venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del Anticristo."

Es importante subrayar lo que Juan está diciendo. Había en su tiempo toda una pléyade de maestros y predicadores muy espirituales. Eran tan espirituales, que decían que el cuerpo era un obstáculo para la fe; que la vida de fe consiste en dejar atrás las ataduras del cuerpo; y que por tanto Jesucristo, el Salvador, era un ser puramente espiritual.

Frente a ellos, Juan pone una piedra de toque sencilla, pero definitiva: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne." ¡Extraña paradoja! El verdadero Espíritu de Dios se reconoce porque afirma la carne —la carne de Jesucristo. Y los falsos espíritus se reconocen porque, a fuerza de ser espirituales, niegan esa carne. Tomando literalmente las palabras de Juan, ¡podemos decir que la primera medida de que un espíritu es falso es que es demasiado espiritual!

Esto parece ir contra nuestra más profunda inclinación religiosa. La más común religiosidad humana consiste precisamente en buscar el modo de sobreponerse al cuerpo, de ascender a las realidades puramente espirituales. Pero Juan dice que la verdadera religión, la que viene del Espíritu de Dios, es esa religión que nos lleva, ante todo, no a las realidades espirituales, sino a la carne de Jesucristo; a su realidad histórica; a su verdadera encarnación, su verdadera muerte y su verdadera resurrección. El Espíritu que nos lleva a esa carne, a ese Señor histórico, a ese Dios hecho carne, a ese ser humano que vivió hace veinte siglos y que todavía hoy vive a la diestra del Padre, ¡ese es el Espíritu de Dios!

Pero Juan no nos está dando una fórmula mágica, de modo que basta con decir "Jesucristo ha venido en carne", y ya con eso sabemos que estamos escuchando el Espíritu de Dios. Hay en el libro de Jueces una interesante historia en la que Jefté, a fin de descubrir quiénes eran sus aliados y quiénes no, les mandaba pronunciar la palabra "chibolet". Si en lugar de "chibolet", alguien decía "cibolet", era enemigo. No bastaba con decir la palabra, sino que había que

decirla con el acento correcto. Algo parecido acontece con fórmulas tales como "Jesucristo ha venido en carne". Es muy fácil decirlo; pero hay que decirlo con el acento correcto. El que Jesucristo ha venido en carne no es una mera fórmula que podamos repetir para entonces pasar a otros asuntos más importantes o supuestamente más espirituales. Es, al contrario, el centro de nuestra fe, la vara con la que ha de medirse cuando decimos y cuanto hacemos. No es una afirmación cristológica que podamos aislar de nuestra eclesiología, de nuestra pneumatología, o de nuestras prácticas eclesiásticas. Es, según Juan mismo nos da a entender, la medida que nos permite discernir los espíritus.

Hay una unión indisoluble entre Jesucristo y el Espíritu Santo. Jesús es concebido por el Espíritu Santo. Cuando va a comenzar su ministerio, Jesús anuncia que "el Espíritu del Señor es sobre mí". En los Evangelios, todo cuando Jesús hace y dice, lo hace y dice por el Espíritu Santo. Jesús es la presencia del Espíritu Santo entre sus discípulos.

Pero esa unión indisoluble va también en el otro sentido. El Espíritu Santo es el Espíritu que Jesús promete. Es por esto que Juan señala que todo espíritu que no lleve a Jesús —al Jesús histórico, Dios hecho carne— no es espíritu de Dios.

Esto se ve claramente en el primer capítulo de Hechos. Jesús les promete a sus discípulos que han de recibir el Espíritu Santo. Pero no para que puedan "conocer los tiempos y las sazones" —es decir, no como muchos afirman hoy, que la dádiva del Espíritu es para que podamos saber

si vamos por la quinta trompeta o por el sexto sello, y cuándo Jesús ha de volver— sino para que le sean testigos. El Espíritu le es dado a la iglesia para que pueda ser testigo de Jesús.

Lo que muchas veces olvidamos es que ese Espíritu de Dios que Jesús promete actúa en la iglesia de manera paralela a la de Jesús. Jesús les promete a los discípulos que recibirán poder, sí. Pero ese poder es para serle testigos. Es poder para testificar del Señor crucificado y resucitado o, como se dice repetidamente en el Nuevo Testamento, de la piedra desechada por los edificadores que ha venido a ser principal piedra del ángulo.

Tristemente, al hablar del poder del Espíritu Santo es muy fácil olvidarse de que es el poder del Pastor que dio su vida por las ovejas, y que por tanto es poder para dar la vida en servicio de Dios y de su pueblo. No es poder para que se nos admire por nuestros milagros. No es poder para predicar sermones que dejen a la congregación boquiabierta. No es poder para gobernar sobre los demás. Es poder para dar. Es poder para servir al Señor que nos dice: "Como el Padre me envió, así también yo os envío; recibid el Espíritu."

Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios. El Espíritu de Jesucristo venido en carne, no actúa como los espíritus de los falsos profetas. Los espíritus de los falsos profetas son espíritus de poder como el mundo entiende el poder, espíritus de éxito como el mundo entiende el éxito. El Espíritu Santo cuya voz hemos de escuchar es el Espíritu de aquel

que "siendo en forma de Dios, no tuvo el ser igual a Dios como cosa que aferrarse, sino que se humilló a sí mismo."

(Si el tiempo de: Pentecostés. "En nuestra propia lengua". Poder que se traspasa, que se delega, y que por tanto se deshace del poder mismo.)

Luego, una pastoral que escuche la voz del Espíritu ha de ser ante todo una pastoral de humildad y de entrega, y no una pastoral de orgullo, de dominación y de control. Y ha de ser una pastoral que lleve al rebaño por el mismo camino. Idealmente, de igual modo que Jesucristo venido en carne alcanzó el éxito mediante la entrega de sí mismo, y de igual manera que el pastorado ha de medir el éxito por su propia entrega, así también la congregación ha de aprender a medir su éxito, no por el número de personas que asisten al culto, y no por las ofrendas y diezmos que se reciben, y no por la belleza y tamaño del templo, sino por el servicio que se presta —por el servicio que los miembros se prestan entre sí, y por el servicio que se le presta al resto de la comunidad.

Pero aquí hay que hacer una advertencia. Hay un tipo de supuesta entrega que no lo es. Hay pastores y pastoras cuyo orgullo está en no tener descanso, en que no parecen tener vida propia, en que constantemente se desviven por la congregación. Todos sabemos que eso lleva sencillamente a esa fatiga incurable que en buen castellano llamamos "burnout". Y sabemos también del enorme daño que les hace a las familias pastorales. Pero hay que añadir que esa

actitud no es solo un error, sino que es pecado. Es un modo indirecto de aferrarnos a nuestra propia importancia, haciéndonos pasar por imitadores de aquel que, aun siendo en forma de Dios, no se aferró al ser igual a Dios, sino que se humilló a sí mismo. El no aferrarnos es no aferrarnos a nosotros mismos; no aferrarnos a nuestro orgullo, y no aferrarnos a nuestra humildad; hacernos obedientes al Dios que ordenó no solo el trabajo, sino también el descanso; no emplear nuestra dedicación como herramienta par manipular al resto del rebaño de Dios. Pero volvamos al tema. Una pastoral que escucha la voz del Espíritu —del Espíritu que confiesa y proclama que Jesucristo es venido en carne— es también una pastoral encarnada. En Jesucristo, Dios decidió no hablarnos desde los cielos, sino hablarnos viniendo a asentar morada entre nosotros. Por ende, el Espíritu que nos lleva a confesar que Jesucristo es venido en carne es el mismo Espíritu que nos invita a proclamar ese hecho mediante una pastoral encarnada.

Una pastoral encarnada se basa en la tan conocida afirmación de que Dios "de tal manera amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito." Dios amó al mundo. Bien puede ser cierto que Dios tiene un amor especial por la iglesia, y que Jesucristo se entregó por ella. Pero esa iglesia no puede olvidar que Dios amó al mundo, y que por tanto este pueblo de Dios que llamamos iglesia ha de manifestarle al mundo ese amor de Dios. El Dios que no nos habló desde una nube, sino por los caminos polvorientos de Galilea, nos llama a hablarle al mundo, no solo desde el púlpito y por radio y televisión, sino también y sobre todo en el mundo mismo, participando de

sus dolores y esperanzas, y continuamente afirmando que hacemos esto en gratitud y alabanza al Dios que de tal manera amó al mundo que dio a su Hijo unigénito.

Digámoslo tajantemente: La principal preocupación de Dios no es la religión. La principal preocupación de Dios es toda esta creación suya. Son los falsos espíritus, los espíritus de todos esos falsos maestros que han salido por el mundo, los que nos dicen que la principal preocupación del pueblo de Dios es la religión. O, más exactamente, los que nos dicen que la esencia de la verdadera religión está en las doctrinas, o en la devoción, o en pensar únicamente en cosas "espirituales". Por ello, Santiago no dice que la religión pura y verdadera consiste en creer ciertas doctrinas, ni en lo que tradicionalmente llamamos prácticas religiosas, sino que "la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo."

Nótese que aquí se habla de dos cosas, ambas de ellas características de la "verdadera religión." Por una parte, "visitar a las viudas y los huérfanos". Esto requiere salir del culto, salir de la recámara en que se ora en privado, salir al mundo. Pero, por otra parte, la verdadera religión también consiste en "guardarse sin mancha del mundo." En otras palabras, la verdadera religión requiere ir al mundo, y guardarse sin mancha de él. No es cuestión ni de apartarse a las actividades tradicionalmente llamadas "religiosas", ni de entregarse sin más a las actividades del resto de la sociedad. Es cuestión de estar en el mundo sin ser de él.

Al principio de esta charla hablábamos acerca de cómo, entre los muchos lobos vestidos de ovejas que acechan al rebaño, está el modo en que elementos de la cultura que nos rodea y a la que pertenecemos se asimilan dentro del evangelio de tal manera que lo desvirtúan. En esto de la relación entre evangelio y cultura sucede exactamente lo mismo que en el estar en el mundo y al mismo tiempo no ser de él. El evangelio tiene que encarnarse en la cultura. Pero al tiempo que se encarna, tiene que estar bien consciente de que hay en esa cultura elementos que lo contradicen radicalmente, y que bien pueden desvirtuar su mensaje. El ejemplo que dábamos antes era el del modo en que la cultura circundante entiende el éxito, y cómo esto contrasta con el éxito de la cruz. Es aquí que el Espíritu Santo entra en juego. Porque, como dije antes, el Espíritu Santo no solo nos alimenta, no solo nos cuida, y no solo nos dirige, sino que también nos da sueños y visiones. Pero esos sueños y visiones no son ideales que quisiéramos alcanzar y no podemos; no son quimeras inexistentes, no son imaginaciones de mentes calenturientas; sino que son promesas de Dios. El Espíritu Santo que nos ha sido dado, el Espíritu Santo que ha de guiar nuestra pastoral, es las arras del Reino, el anuncio del Reino, el anticipo del Reino, el aperitivo del Reino. El Espíritu Santo nos ha sido dado para guiarnos a toda verdad; pero no a la verdad en el sentido puramente intelectual de la recta doctrina, sino en el sentido escatológico de la plenitud del Reino. El Espíritu nos ha sido dado para recordarnos que, no importa en qué país vivamos o cuáles sean nuestros compromisos políticos, al fin y al cabo, somos ciudadanos de una patria mejor. El Espíritu de Dios es el Espíritu de la promesa; es anticipo del futuro que Dios promete; es llamado a vivir, y poder

para vivir, como ciudadanos de esa patria mejor. Es poder para, al tiempo que somos ciudadanos de una patria mejor, hacer todo lo posible por mejorar el presente.

Reasumiendo entonces, una pastoral que escucha la voz del Espíritu Santo es una pastoral que reconoce ante todo que el pastor o pastora también tiene pastor. Que los pastores también somos ovejas. Que todos —pastores y ovejas, pastoras y congregaciones— como parte del mismo rebaño, y nuestro pastor es el mismo.

Pero es también una pastoral que, fundamentada en el testimonio del Espíritu, se encarna como Jesucristo se encarnó, se hace presente en el mundo y sus dolores, en el mundo y sus esperanzas.

Y es finalmente una pastoral escatológica. Escatológica, no en el sentido de miedo que recientemente se le ha dado a la escatología, sino en el sentido de esperanza. Una pastoral que escucha la voz del Espíritu es una pastoral para un pueblo peregrino que marcha hacia la tierra prometida. Es una pastoral que constantemente nos recuerda y nos renueva la misma visión que el mismo Espíritu les dio a los profetas de antaño: que el día vendrá cuando Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos, cuando nos sentaremos cada cual debajo de nuestra vid y cada cual debajo de nuestra higuera, cuando tornaremos las espadas en azadones, y nadie infundirá temor. Cuando las naciones no se ensayarán más para la guerra.

Hasta que llegue ese día, nuestra tarea pastoral sigue siendo alimentar al rebaño de esa esperanza, guardarle contra los lobos que nos la quieran arrebatarse, y seguir probando los espíritus, recordando siempre que todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne no es de Dios, y que el verdadero Espíritu del verdadero Dios es el que nos lleva siempre a la verdadera encarnación de Jesucristo.

